

H CR
056
R454-sc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA —

AMERICA CENTRAL

Año V

8 de Marzo de 1936

No. 234

H
056
R454-sc
C-12



Galería de Damas



Sra. Lilly Rohrmoser de Vargas facio
y su encantadora hija Lilliana •

La Energía POR LA MAESTRA

Educar es cimentar como base la mejor de las verdades: la sencillez.

El alma sencilla, difícilmente cae en los ruinosos perjuicios de la soberbia.

El engrimiento hace al hombre retrógrado, puesto que, al creerse superior, nada hace por su perfeccionamiento.

La inteligencia y la ilustración son inútiles al hombre carente de carácter.

Es inútil marcar rumbos, mostrarle cuál es el mal o el buen camino; si no tiene el valor de tomar el segundo, será, con seguridad por falta de energías para resistirse, arrastrado por cualquier circunstancia al primero.

La energía es la reina del mundo. Todo lo que es bello en la vida, es porque la energía lo guía, protege e impulsa: amor, gloria, bondad, honestidad, verdad.

El amor sin valor parece pronto; la bondad sin valor, fatalmente muere; la verdad no se sostiene; la gloria no se abre paso; la honestidad se pierde.

El océano sin su propia energía dejaría de ser el temido mar.

El león que no fuera impulsado por la energía no lograría dar a su zarpazo fuerza alguna.

Si el hombre no se planta valientemente delante del peligro, es seguro que no le vence. Ante un hombre decidido y enérgico, se apoca un criminal.

Ninguna actitud decidida de la vida ha dejado de dar su benéfico resultado.

El mismo enfermo sorprende a los médicos. La cirugía, el medicamento, han sido aplicados al timorato y débil sin que se haya logrado vencer al mal. El mismo procedimiento se emplea con el enérgico, y el enfermo triunfa. ¿Por qué? Porque le defendió su propio saber, el que anima su alma y le defiende del mal.

Los niños no deben tener miedo. No deben confiar que los mayores han de salvarlos del peligro tal o cual; deben aprender a buscar en ellos la propia fuerza que les proteja.

Hay que enseñarles la gran verdad de la vida, la que deben llevar como escudo los hombres y las mujeres; la fuerza inexpugnable del mundo, la nunca desmentida: la de un corazón valeroso, que no se achique, sino que se agrande ante el peligro, que no tiemble en el pecho, que se yerga ante la proximidad del peligro.

Contra esta poderosa fuerza moral, no hay fuerza material que pueda vencerla.

Adalina contra nerviosidad e insomnio. Adalina contra nerviosidad.

Tabletas de
ADALINA
proporcionan
calma y
serenidad.



Si es Bayer es bueno. Si es Bayer es bueno.

DIRECTORA:

Sara Casal yda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 8 de Marzo 1936

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

Al Dr. Ricardo Moreno Cañas y señora

*Juntos tú y yo venimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor
A ti vencido yo, tú a mi vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos!*

*Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.*

Siempre que véíamos al Dr. don Ricardo Moreno Cañas y a su distinguida y virtuosa esposa, doña Graciela Ulloa de Moreno, pensábamos en la hermosa poesía de Gregorio Gutiérrez González, poeta colombiano, de la cual tomamos las dos estrofas con que encabezamos este pequeño recuerdo que les dedicamos.

Al verlos comprendíamos que se amaban, que era un matrimonio completamente feliz. El Doctor un hombre de ciencia, consagrado a salvar muchos seres de la muerte cruel, de carácter recto, honrado, patriota y persona muy querida por su abnegada labor de médico. Graciela es el modelo de mujer de hogar, que adora a su esposo y a sus hijitas. Siempre la vimos compartir con su esposo todas sus luchas. Mujer inteligente, consagrada completamente a su hogar, es el modelo de la mujer costarricense que se dedica a hacer la felicidad de los suyos. Bella, sin hacer caso de su belleza porque sabe que la belleza no hace la dicha de esta vida.

Las tres hijitas de este hogar constituían su mayor felicidad, pero como de la dicha completa no se puede gozar en esta vida, tuvieron que desprenderse humildemente del primer fruto de su amor.

FLOR DE MARIA, apenas iba a cumplir sus quince años, bella, angelical, dulce, amorosa con sus queridos papás y hermanitas. Pura como un ángel, y por ser una flor tan delicada, el Niño Dios la cortó para engalanar su jardín en el Cielo y está allí, donde sólo las almas puras y blancas como la nieve pueden entrar. En

manos de quién puede estar mejor Flor de María? Nadie, ni sus inconsolables padres pueden darle la felicidad de que ahora goza. La vida por risueña que sea, siempre es un camino cubierto de flores y espinas, y quizá hay más espinas, muchas de las cuales hieren el alma profundamente, y a nadie le asiste el poder de arrancarlas. ¡De cuántas penas se escapó Flor de María, que no supo más que de dicha, del amor de sus padres y de las ilusiones de sus quince años!

Su muerte fue como la de un ángel, sus manos como lirios blancos descansaban en las manos cariñosas de sus amorosos padres y su alma voló en el momento en que ellos la estrechaban con amor y le daban su último adiós!

Bellísima estaba en su lecho de muerte, estrechaba contra su corazón un ramo de flores muy blancas y su carita parecía hablarles a sus padres, de resignación, de amor divino, de paz de los ángeles, de bendiciones que ella alcanzaría del Niño Dios para consolarlos en su amargura!

Cuando se han sufrido golpes como éste, se sabe que no hay consuelo para los padres que sufren la ausencia del hijo adorado... pero es motivo de eterna gratitud saber que los amigos y los que no lo son, participan de este dolor!

Deseamos que el amor que une a los afligidos padres y el de sus dos hijitas sea el mayor consuelo para seguir el sendero de la vida, siempre unidos y resignados a la sabia voluntad divina.

Valiosa colaboración

Con el mayor placer publicamos la carta del profesor don Macabeo Vargas Castro y le agradecemos su valiosa opinión sobre nuestra humilde labor que si algún merito tiene es el de laborar contra viento y marea y sin el apoyo de quienes debieran hacerlo.

Agradecemos también al señor Profesor Vargas Castro la valiosa colaboración que nos envía de la inteligente maestra de Colima, doña Graciela de Rojas Corrales.

Siempre hemos deseado la colaboración de la maestra costarricense, pero no nos llegaba, así es que estamos verdaderamente regocijadas al publicar la bellísima composición de la señora de Rojas Corrales, titulada: "Se Necesita una Niña" y aprovechamos esta ocasión para enviar un cariñoso saludo a la distinguida colaboradora y nuestros agradecimientos.

La Redacción

Esta Revista abre un capítulo valioso: La educación social que tanto hemos descuidado

Dice el profesor Vargas Castro:

Hay que felicitarla, señora Directora de la "Revista Costarricense", por su número del domingo 16, tan bien presentado como variado.

La admiro. Usted lleva ya labor de años de prensa immaculada, con dirección y con provecho para las almas y los cerebros.

Lástima que su revista no penetre en los hogares con la fuerza de esas toneladas de papel que los aéreos traen de España y de Buenos Aires.

Y es que estimo que todos abandonamos aquí a los buenos editores. Yo quizás he pecado para su revista, y por eso, algunas futuras cuartillas, pálidas eso sí, le van a llegar.

Por hoy tengo una enhorabuena pues el hogar y la escuela están placenteros con la publicación sucesiva que usted hace del Código

de Salón, para darle así un nombre que no suene ni a "Urbanidad", ni a *Carreño*, pues eso asusta a las gentes "chic" y sólo son buenos para nosotros los viejos.

Siga así doña Sara: ese capítulo es necesario y sólo la moda actual en nuestras escuelas, ha podido borrarlo. Pero que lo lean y aprendan nuestras niñas, que ellas sean, como son tan elegantes en el traje, como en sus portes, y que nuestros caballeros y señoronas, sean finos, agradables, corteses y nobles.

Y por aparte, le incluyo una bella página de un libro de lectura por publicarse, como modesta esmeralda para su revista que debiera estar en todos nuestros hogares.

Cordialmente,

Macabeo Vargas Castro

Se necesita una niña

Se necesita una niña despierta, obediente, estudiosa, sincera, agradecida, de carácter esforzado, bondadoso y leal.

Una niña que esté aprendiendo a pensar pensamientos grandes, a concebir visiones nobles, a atesorar afectos puros, a hacer acciones buenas.

Una niña ayudadora y cariñosa con sus hermanos; siempre pronta para hacer parte del trabajo de la mamá o del papá; que sea aseada en sus hábitos, delicada en sus juegos,

buena con los pájaros, las bestias y las plantas; sencilla, natural y veraz en toda su vida; consuelo y esperanza de su madre y de su padre, ternura y bendición de su hogar.

Una niña que sepa simpatizar con todos, sentir la pena y la alegría de sus amigos y vecinos, aliviar todo lo que pueda la carga de los que sufren, contribuir todo lo posible a la felicidad general, una niña cuya vida sea un rayo de luz.

Se necesita una niña tan buena que lo

malo huya de ella, como la noche ante el día que avanza; tan tierna, que en todo su derredor derrame cariño; tan cristiana que siempre perdone, tan fuerte que siempre persevere, tan abnegada que siempre ayude.

Una niña que siempre aspire y espere.

Una que por ser sencillamente una buena niña, sea realmente necesaria y preciosa.

Una niña de alma hermosa, que lleve consigo siempre un destello de cielo; cuya vida sea un tesoro de profesías, una primavera de riquezas y promesas, una alborada de gloria que viene.

La Patria siempre busca a esa niña.

Dios ha formado muchas como ella. Son virgencitas que viven en hogares honestos y cristianos.

¿Dónde estará?

Si tú sabes dónde vive esa niña, dílo en alta voz a la Patria, pregona su nombre en

nuestra sociedad, anúncialo en la escuela para que tú seas como ella.

Tú misma, niña buena y gentil, puedes responder como una niña buena y gentil a Dios y a la Patria.

Tú puedes llegar a ser esa niña que la Patria busca todos los días.

Y ojalá que como ella haya muchas!

Que así, fueran todas!

Graciela Soto de Rojas Corrales
Colima, 1936.

Nota de envío:

Doña Graciela de Rojas es una eminente maestra de nuestras escuelas de campiña: observadora, estudiosa y muy católica. Es una de nuestras pocas mujeres que escriben y algunos periódicos de Panamá, reproducen su labor. Por eso la iniciamos en la "Revista Costarricense".

Mac. Vargas C.

Mujeres de la Historia

CORNELIA, LA MADRE DE LOS GRACOS

La Roma de antes de Cristo mucho le debe a esta singular mujer, verdadero prototipo de madre revestida de entereza, abnegada, mentora de sus hijos, ya en la fortuna, ya en la desgracia, noble espíritu que se hizo acreedor a la veneración de sus contemporáneos, que le erigieron una estatua en vida.

Hay figuras de la historia que por la misión humana que llenaron durante su existencia no gozan de una fama amplia y merecida en idéntica proporción a la obra que cumplieron. Cornelia es uno de estos casos, pues sólo los filósofos y los historiadores profesionales suelen buscar en la vida fecunda de esta mujer de raro temple, dotada de una voluntad inquebrantable a la que no lograban abatir ni la desventura ni los reveses de fortuna. La madre de los Gracos posee un simbolismo notable para los eruditos, que han visto en ella la mano firme que condujo a sus vástagos hasta las puertas del triunfo, abriéndoles el sendero de las posiciones fuertes, del dominio, lanzándolos a la lucha de los tiempos con un ánimo vigoroso, tremantes de deseos de hacer honor a sus antecesores, a los apellidos espectables que llevaban.

A pesar de ese coraje, de ese carácter severo de mujer entregada al logro de la meta entrevista para guardar la memoria del esposo muerto, para que sus afanes tuviesen dignos continuadores, su amor maternal es pura femineidad traducida en hechos, revelada en cada una de sus famosas cartas, que guardó con cariño Cicerón como pruebas fehacientes del talento de la noble romana que legó a sus congéneres un blasón de mérito sin par: Cuando le preguntaron una vez por sus alhajas, ella no acudió a mostrarles su bien provisto cofre donde relucía la pedrería, fulguraban los metales preciosos y la vista se extasiaba; fue en busca de sus dos hijos y les mostró con orgullo como las únicas joyas que más apreciaba, las solas merecedoras de considerarse, de defenderse, de enaltecer, señalando a las inquiridoras que la vanidad y los alardes de riqueza no eran comparables ni remotamente con el valor de los hijos.

Por otra parte la heroína hogareña que con su actitud estampó su nombre en la historia como hizo que fuera esculpido, en mármoles y en bronces imperecederos, no tuvo siempre a su lado el apoyo de un esposo que

velara por sus pasos y la orientase en sus tribulaciones. Cornelia quedó viuda con doce hijos y vió cómo la muerte se los iba arrebatando poco a poco hasta quedarle tres, que fueron Tiberio y Cayo Graco y una niña que casó con el segundo Escipión Africano.

Ella fue la maestra, el aya, la custodia de esos hijos que tanto adoró, hasta que la vida los hizo juguetes de las pasiones incorporándolos a su ritmo. Siempre solía decirles que su aspiración era que todos la conociesen por la madre de los Gracos y no por la suegra de Escipión, acuciándolos, instándolos a que iniciasen empresas de provecho tanto para su país como para honra y lustre de la familia y del abolengo que ganara su padre y de la propia estirpe a que ella pertenecía. Pero más que deseos de éxitos, ansias de que los suyos descollasen haciendo honor a la tradición de cuna, era el orgullo de la madre el que hablaba por su boca, el que inspiraba cada una de sus exhortaciones hábilmente involucradas en las conversaciones, en las alusiones, en el trato cotidiano; era orgullo de mujer que se sabe dueña de un poder determinado y que no lo cede hasta ver cómo se corona de laureles lo que pacientemente concibió. Y sus sueños de dominio eran sueños dedicados a sus hijos, eran aspiraciones que fervientemente impetraba se convirtiesen en realidades, no para disfrute personal, sino para ser una admiradora de la obra de aquellos por quienes padeció y a los que dedicó su vida rechazando ofertas de nuevos enlaces, sentando un precedente de protección a sus herederos y una conducta ejemplar en el ambiente turbulento de la Roma de aquella época.

Ni aun en los tiempos felices en que brillaba en los salones y en las tertulias por la vastedad de sus conocimientos, lo original de su hermosura y lo ameno de su conversación agregando que dominaba perfectamente varias lenguas que manejaba con gracejo y elegancia, tuvo un asomo de soberbia o de infatuamiento. Cornelia era sólo una madre, una compañera; no un genio, ni una lumbrera. Otras figuras con menores méritos llenaron capítulos de intriga, de pasiones, de mando omnímodo. Cornelia no. Prefería ser la reina de su hogar y dedicar los minutos de su precioso tiempo a cultivar el espíritu de sus hijos, enseñándoles lo que a lo largo de su intensa vida pública habían de aplicar, eso sí, valorándolo en toda su extensión y profundidad.

Reunía esta célebre figura el dón de la fineza y de la cortesía que hasta frívola podía hacerla parecer, cuando en su interior era también una estampa de loba romana, primero con doce cachorros, luego con tres, a los que amparó dentro de lo que estuvo a su alcance, señalándoles sin desmayo, sin flaquezas, un horizonte promisor, un deber ineludible y una necesidad imperativa de ser valientes y astutos para que tanto cariño cristalizase en las victorias que habían de hacerles acreedores a los laureles de la inmortalidad.

Por esa causa algún biógrafo desaprensivo calificó a Cornelia de "los hermanos Gracos", como negándoles a éstos su porción de méritos. Cornelia no fué más que realizadora de vidas prósperas, una mujer entera, tierna y amante, luchadora y hábil para sacar partido de los pensamientos y leer en las mentes ocultos designios.

Julia M. v. de Woodbridge en EL CHIC DE PARIS

OFRECE:

Para niños: Medias negras caladas, hilo de Escocia, estilo Bébé, a ₡ 1.60 el par

Medias negras "Phoenix" para colegialas a ₡ 1.25 par	Medias largas de seda para niños de 1 a 6 años, de 3.00 a ₡ 1.50 par
„ alemanas cortas, surtido colores, antes 2.00 ahora 1.25 „	„ blancas altas (para Colegio Salesiano) 1.75 y . . . 2.50 „
„ largas negras "Phoenix" 1.75 y 1.00 „	„ sport con elástico arriba, para muchachos 1.75 „
„ hilo Escocia del No. 000 al 2, gris y café 1.75 ahora 0.50 „	„ españolas, hilo Escocia finísimas de 2.75 a 1.25 „

Gran Ocasión: Cordonet pura seda, especial para flecos, con 30 metros la pieza, a ₡ 0.50.
Medias chiffón extra finas, garantizadas, de pura seda, últimos colores de moda a ₡ 5.00 el par. Talladores de punto, para personas gordas, desde ₡ 3.50, ₡ 4.00 y ₡ 4.50.

LIQUIDACION completa de sedas para cadeneta, antes ₡ 2.00 ahora ₡ 0.75 la carrucha.

Las manos

Por Juana de Ibarbourou

Tiene tal importancia el cuidado de las manos femeninas, que en una encuesta realizada hace pocos meses, por una gran mayoría ganó la opinión de que su hermosura es más necesaria que la del rostro.

Vivimos una época en que, realmente, el concepto de la belleza femenina es tan arbitrario que se ha llegado a considerar como arquetipos a actrices de cine cuya irregularidad de rasgos horrorizaría a un esteta de hace apenas cincuenta años. Greta Garbo, Marlene Dietrich, Joan Crawford no son, evidentemente, mujeres bellas al estilo clásico. Pero una riqueza de expresión, una armonía conquistada a medias por la inteligencia y los modernos maquillajes, hacen de ellas algo mil veces más encantador que una fría o tonta mujer de rasgos perfectos: turbadoras y misteriosas personalidades que la feminidad anima deliciosamente.

Para ser hermosa no se necesita poseer las proporciones de una estatua griega: basta con ser inteligentemente armónica. En cambio nunca se ha exigido de las manos una pureza más perfecta.

Las manos lindas de una mujer — son famosas en la Argentina (y de ellas se habla también en Montevideo), las manos espiritua-lísimas de Emilia Bertolé — valen más que un rostro de Venus. Basta con que la cara sea dulce, fresca, sin defectos grandes. Basta que la silueta tenga una discreta elegancia, que ya

su dueña se arreglará de hacer valer; pero, ¡que las manos pulcras, cuidadas, hermosas, sean la expresión de toda la belleza y de toda el alma femenina!

En mi país hubo en otros tiempos una mujer de rostro tan deslumbrante que se decía de ella que cuando entraba en un salón eclipsaba hasta a la luz. Pero apenas esbozaba un gesto, apenas sus manos bastas, rojizas, de planas y espatuladas uñas se ponían en evidencia, el encanto desvanecía-se irremediablemente. No era una mujer de talento. Jamás inspiró una pasión a pesar de la radiante belleza de su rostro. Un diplomático inglés que una noche salió del teatro loco por ella, cuando la vió de cerca sintetizó su desencanto en una frase lapidaria:

—Cara de ángel, manos de lavandera, espíritu en perfecto acuerdo con las manos.

¡Cuidar las manos! Bastan los guantes de desecho, una coldcream simple, el limón, auxiliar precioso, una quincenal sesión de manicura. Ya no significan ocio las manos hermosas. Sólo son amor a la belleza, con un mínimo de tiempo para su vigilancia y su cuidado. Guantes. Las mujeres ya casi no los usan. Prefieren lucir joyas. Y luego, un triste centelleo de brillantes hace pensar, ante el elocuente espectáculo de unas manos de cocinera adornadas como de ídolo:

—¡Qué lástima de joyas!

Almas blancas

Nada conozco de una simplicidad tan augusta y expresiva como las palabras que un evangelista escribe de Jesús: "Pasó haciendo el bien". Hay almas predestinadas a la perpetua blancura que, después de un sereno vuelo sobre los cienos del mundo, llegan inmaculadas a las riberas de la eternidad: Antonio el Piadoso, Marco Aurelio, Juan el Evangelista, Luis Gonzaga... ¡muchas! Otras hay que manchan su plumaje y que después se purifican, ganando a aquéllas en ímpetu de caridad lo

que les cedieron en nitidez y pureza; Agustín, Antonio Abad, Francisco de Asís. Admiro las primeras, admiro y amo a las segundas.

Yo soy más amigo de los grandes pecadores vueltos santos, que de los justos perseverantes. A los imperturbablemente blancos les tengo miedo, un miedo de niño travieso ante el padre severo.

A los otros los tuteo como a Dios. Están más cerca de mi espíritu porque cayeron más cerca de mi esperanza, porque lograron levan-

tarse. Son las ovejas descarriadas de la parábola, en cuya busca va el buen pastor, dejando en el redil a las buenas, y por cuyo hallazgo hay más regocijo en los cielos, que por la perseverancia de muchos justos. La impecabilidad es propensa a juzgar duramente y a condenar sin apelación.

El arrepentimiento es inclinado a absolver, a salvar. Tiene este supremo argumento:

"Yo caí y fui perdonado. Perdonó a los que caen". La impecabilidad amonesta, el santo blanco dice: "¡Ay de tí!" El santo purificado dice: "¡Pobre de tí!" El impecable dice: "Expía". El arrepentimiento dice: "Llora conmigo". Todas las caídas son indispensables para el que cayó y supo levantarse. Al evangelista le diría yo: "Señor"; a Francisco de Asís le diría yo: "Hermano".

Amado Nervo

Los Hijos de Nadie

Poesía compuesta para ser recitada en el Gran Festival organizado a beneficio de los niños pobres del Asilo de Lourdes en el Nuevo Circo de Caracas.

P. Angel Sáenz, A. R.

Esta fiesta es, señores, un beso
recargado de amores sociales
que ponemos, con fuegos de Patria,
en el alma de los niños, huérfanos de padre y
(madre...

Pobres hijos de todos los barrios!...
¡Acaso son ángeles
que perdieron el rumbo del cielo
y plegaron su vuelo en las calles!...

Son los hombres, sin cuna y sin casa;
son seres que nacen
como nace la hierba en el monte
bajo el sol, y las lluvias, y al aire;
y así como nacen, asimismo viven,
porque son ¡ay! los "hijos de nadie"!...
¿Quién pregunta de dónde vinieron?
¿Quién indaga sus penas, sus males?...
¿Quién pretende llenar, pan en mano,
sus retrasos de vida y sus hambres?...

El hampa los nutre con savia de enconos,
y prepara en ellos futuras catástrofes;
teas para incendios,
hombres para cárceles...
¿Hombres?... ¡No! ¡Qué insulto!
Las fieras salvajes...
que destrocen, y quemén, y ruján;
que destruyan, y roben, y maten;
que se encarguen de echarnos abajo
todos los alcázares
de las tradiciones...
que el hogar y la Patria desgarren,

y que sólo nos dejen la ruta
de ruinas y escombros, rociados con sangre,
después de trocarnos las casas en tumbas,
llenando las tumbas con nuestros cadáveres!...

Esta fiesta es, señores, un beso
recargado de amores sociales...
Hoy besamos la frente del niño
que no tiene ni padre ni madre...
La mano bendita de las Religiosas
pondrá en esos niños, que hoy no son de nadie,
toques de ternura, besos y caricias,
que de Dios y la Patria les hablen...
¡La Patria que es casa
y en la casa es Madre!,
¡que les dé de su leche fecunda!
¡que les dé con su vida su sangre!
¡que les filtre su savia en el alma,
mucho más adentro que la de los padres!

Si esos niños nacieron sin casa,
ya las Hermanitas las puertas les abren
del hogar procomún de la Patria,
que es grande, muy grande,
tan grande y tan vasto que, bajo sus techos,
todos, todos caben!...

Pobres hijos de todos los barrios
y los arrabales!
¡Entrad todos a Casa, entrad todos!
¡que ninguno se quede en la calle!
No seréis ya huérfanos:
Venezuela es Madre

que a todos os besa, que a todos os quiere...
Sois los nuevos hijos que hoy mismo le nacen!
Vuestra Casa es la Patria: y Caracas
es la puerta... ¡Pasad adelante!
¡No seréis ya los hijos del barrio!
¡No seréis ya los "hijos de nadie"!...

Caracas: Diciembre de 1935.

NOVELA

Interesante novela cuyo nombre y autor daremos al final de ella. Deseamos que nuestras lectoras admiren a la marquesa de Queral, santa mujer, cuyas virtudes son muy dignas de imitar.

CAPITULO I

En el Puerto de Baidas

Al salir de la pinada, Silda Monllor puso el pie en el acelerador y el cochecito, un verdadero capricho de millonaria, empezó a subir la cuesta como centella rutilante.

A uno y otro lado de la carretera se alzaban altos taludes de peñascos cortados a pico, formando a maravilla solitario, sombrío y casi siniestro desfiladero. Allí se hubiera podido matar impunemente a un hombre en pleno día, sin que nadie lo viera; como no fuesen las águilas, señoras entre las abruptas peñas de la cima donde tenían su nido.

Rosario Valverde se arrolló al cuello el liviano pañuelo de crespón, con un estremecimiento de frío. De pronto, precisamente cuando el coche llegaba al vértice del puerto, donde la montaña se abría majestuosa para mostrar en ambas laderas las vestiduras de su vegetación, y se deslumbraban ya los ojos con el panorama magnífico, amplio y maravilloso del Valle de Baidas, el zumbido del motor cesó en redondo y el carruaje fue perdiendo velocidad hasta quedar al fin inmóvil. Silda Monllor y Rosario Valverde se quedaron mirándose atóntinas, desconcertadas.

—¿Un pinchazo? — preguntó Rosario.

—No. Me parece que no... Algo del motor — dijo Silda Monllor, echando nuevas vistas al freno y bajando ágilmente del automóvil.

Un magnífico perro lobo que iba, cómodo y arrogante en el asiento posterior del coche, saltó también a la carretera y se quedó mirando a su ama con inquieta e interrogante expresión. Silda Monllor se había quitado los guantes, los había tirado encima del asiento y ahora levantaba el *capot* para examinar el motor.

—Mal negocio, *Coronel...* — dijo, acariciando la magnífica cabeza del perro, que continuaba mirándola con una expresión casi humana. Una expresión inquieta y alarmada.

Gruñó el perro, moviendo la cola y azotando con ella el guardabarro sobre el cual cada golpe producía un extraño ruido.

—¡Pues la hemos hecho buena! — murmuró a media voz Rosario Valverde. Eso es lo que sacamos todos con tanto consentirte tus caprichos. Por algo no quería tu padre que fuésemos a Játiva sin el chofer.

Silda, con la cabeza sobre el motor, contestó con impaciencia de persona que no está hecha a soportar observaciones de nadie:

—Para don Sabido... ¡Cualquiera iba a pensar que un coche nuevo, que nunca ha dado nada que hacer, iba a atrancarse precisamente hoy!..

—Pero era una contingencia que podía ocurrir — se empeñó en retrucar Rosario Valverde muy malhumorada. Lo que decía tu padre... Una cosa es ir desde la fábrica al pueblo, que hay tres kilómetros, y otra plantarse en Játiva, como quien no dice nada; que hay sus tres horas de viaje, sin llevarse al chofer por lo que pudiera ocurrir. Es que eres caprichosa y fantástica, mujer; no digas....

—Haces muy mal en hablar de caprichos, Rosario—reprochó con voz acre Silda Monllor, sacando al fin su bonita cabeza de entre el inextricable laberinto de aquel motor, que era ciertamente un enigma. Porque precisamente si a ti no se te hubiera antojado el ir a visitar ese castillo donde dicen que estuvo prisionero el conde de Urgel, no hubiera yo por que haberme visto en el caso de llevarte a Játiva en mi coche. Hubieras visitado el castillo o no lo hubieras visitado, de no ser por este rasgo mío de desprendimiento. Eso para que aún me lo agradezcas así..

En el tono de Silda Monllor había una suave burla. No estaba ni ofendida por las frases de su prima ni contrariada por el percalce. Diríase, muy al contrario, que esta

aventura totalmente inesperada la encantaba o divertía.

—Bueno, ¿y no sabes lo que tiene el motor?—preguntó Rosario entre dos suspiros.

—¡Qué he de saber! Confieso mi supina ignorancia—contestó con una carcajada de cristal Silda.—Y aunque en teoría pudiera decirle qué tornillo le duele al amigo motor, sería perfectamente inútil, porque en la práctica soy la más completa nulidad.

—¿Estás viendo, mujer?

Y Rosario Valverde—que era muy miedosa—estaba tan afligida, que casi rompió a llorar.

Esta insólita afición le hizo gracia a Silda Monllor, mucho más atrevida y serena que su parienta, y, de pronto, sintióse acometida por el torbellino de una risa loca. Mientras sentada en el guardabarro la veía retorcerse entre el oleaje de estrepitosas carcajadas, Rosario sentía la comezón de sacudirla una buena tanda de azotes, como a una chiquilla mal criada. Sin embargo, se dominó conforme pudo. Ya sabía Rosario que Silda Monllor no era precisamente un modelo de mansedumbre y que no estaba acostumbrada a sufrir amonestaciones de nadie. Ni siquiera de su padre, un buen señor que era el primer esclavo de los caprichos de su hija.

Entretanto Rosario se hacía estas rápidas reflexiones, Silda había tenido a bien acabar de reír y, levantándose y yendo a buscar a su prima, que continuaba sentada en el coche, le pasó cariñosamente el brazo por el hombro, en ademán cordial!

—¡No te apures, tonta! Te ahogas en un vaso de agua. Después de todo ¿qué?... No vamos a quedarnos aquí eternamente. En cuanto papá se dé cuenta que tardamos, enviará por nosotras en el coche grande.

—Pero mientras, habremos de estar aquí, en este paraje solitario, sin más compañía que las águilas...

—Ya sé que eres miedosa; pero no hay para tanto. Son las doce del día—dijo Silda consultando su relojito de pulsera. Ya ves que la hora no se presta a ningún atropello.

—La hora, quizá no; pero lo que es el sitio... ¡El sitio es aparente como para asesinar a mansalva!

—No seas idiota, Rosario. Hoy ya no se estila eso. Ni eso ni otras cosas... A ninguna mujer le pasa nada si ella no quiere. Por lo menos, a mí no me pasaría, ni a tí tampoco; porque antes....

Y Silda Monllor, con sus manitas delicadas y blancas, donde su doncella ejercitaba a diario sus artes de manicura sacaba del bolsillo de su chaqueta sastre gris un revólver que parecía un verdadero y artístico juguete.

—¿Ves qué pequeñito? Pues basta y sobra para cargarse a un hombre. Además de que yo tiro muy bien.

—Bueno, esconde eso, haz el favor. Ni en broma quiero verlo—se estremeció Rosario Valverde.

—Y luego que, por suerte, hemos venido a parar en un sitio descubierto. Peor hubiera sido que nos ocurriese la avería en pleno desfiladero, algunos metros más abajo.

—Ni peor ni mejor, porque si se nos ocurriera pedir socorro ya podíamos desgañar nos ¡Cualquiera nos oye! Lo más cerca que hay es ese molinejo que tenemos a la izquierda y se necesita media hora para subir desde él hasta aquí. De seguro que ni el *claxon* del coche oyen con el ruido de la rueda.

—¡Qué gruñona eres hija! Pareces una muchachona de esas que viven renegando de todo. A mí en cambio me parece muy original y muy interesante lo que nos ocurre. Es un alto en el *pato* diario de nuestra vida rural. Haz cuenta de que no hemos ido a Játiva ni se nos ha atrancado el *auto*. Pon por caso que como todos los días, nos hemos ido a dar un paseo hasta la hora de almuerzo, y que conforme estos días pasados nos daba por sentarnos entre chopos a la orilla del Queral viendo correr el agua y oyendo escandalizar a las ranas, hoy nos ha dado el capricho de subir a la cima del Montferrús—que es donde estamos;—y sentada esta premisa, despreocúpate de toda idea inoportuna y húndete en la contemplación de este panorama que tienes ante los ojos y que es.... yo lo afirmo, "único". Así verás cómo encontrarás más corto el tiempo que tarde papá en enviar por nosotras.

—¿No crees que pueda pasar antes cual-

quier *auto* o camión que nos recoja?

—Sí, también puede ser; claro. Pero no conviene confiar mucho en eso. Esta carretera tiene poco tránsito.

—Bueno, pues sea lo que Dios quiera... — se conformó Rosario.

Y mientras Silda cerraba el *capot* y se acomodaba otra vez junto al volante, Rosario dejaba errar sus ojos deslumbrados por el magnífico paisaje que desde aquella cumbre de águilas le ofrecía el azar de esta detención inesperada.

Coronel se había sentado sobre los cuartos traseros en medio de la carretera, encaradito a su ama como si estuviera guardando el coche. Había tenido el instinto de buscar la sombra que proyectaba el automóvil, porque el día era de los calurosos del mes de agosto, y aunque en aquellas alturas el aire de las cumbres atenuaba el bochorno, hay que tener en cuenta que eran las doce y el sol caía de plano.

Delante de las dos muchachas la carretera se deslizaba en peligrosa y rápida pendiente, hasta llegar a un bosque de pinos y carrascas en el que se internaba, serpenteando, para suavizar el violento descenso. Todo cuanto abarcaba la vista era amplio y grandioso.

El Valle de Baidas, con sus cotos de caza, sus olivares salpicados de algarrobos sus huertas, sus viñedos, sus pueblos, sus caseríos, sus masías, sus alquerías, sus riachuelos y sus lomas, estaba limitado por el desdibujado cinturón de ciertas lejanísimas montañas.

—¿Qué cosa más hermosa de paisaje, Silda!

—¿Verdad que sí? Ya te lo decía yo. Pero tía Vicenta y tú siempre creéis que exagero.

—Estás tan enamorada de Queral, y de tu *chalet*, de tu fábrica...

—Porque es lo mejor y lo más bonito del mundo... Y te lo digo yo, que he corrido la ceca y la meca. Quizá ahora lo encuentre más bonito aun, porque estoy cansada de correr y me encantan la paz y la tranquilidad de mi chalet, de mi jardín y del ambiente.

—¿Es un pueblo quieto Queral?

—No sé. Yo no vivo en el pueblo, ni casi

me rozo con nadie allí. Yo vengo a Queral, mejor dicho, a "Villa Casilda", a hundirme en la naturaleza y a descansar de mis viajes o de mis temporadas mundanas en Madrid. El pueblo y su gentecilla no me preocupan. Supongo, desde luego, que en Queral, como en todos estos pueblos que no llegan a ser ciudades, habrá chismorreos, y envidias, y pasioncillas mezquinas. Y a mí todas esas cosas me revientan.

—Ya.

Rosario Valverde sabía que esto era verdad. Que, pese a todos sus defectos de educación, Silda Monllor era una muchacha muy inteligente y de espíritu suficientemente elevado y amplio para repugnarle toda cosa que fuese baja o ruin. Se explicaba perfectamente su aislamiento en "Villa Casilda", el hotel suntuoso edificado cerca de las fábricas de calzados que habían dado la fortuna a su padre.

—Entonces te aburrirás en "Villa Casilda"....

—Yo no me aburro nunca —declaró Silda sencillamente. Aunque no soy una intelectual como tú, leo mucho, y pinto, y hago música, y me encantan las labores de aguja. En el fondo soy una muchacha muy casera. Si bien hago por adaptarme al ambiente moderno y ser un poco "chico", no lo consigo más que a medias, y con mucho esfuerzo. Debe ser el atavismo de tantas antepasadas que proceden del pueblo y que debieron ser, naturalmente, mujeres de hogar. ¿No te parece?

Rosario, sonrió sin contestar. Veía latir una sutil ironía en esta postrera observación, y tenía la intuición de que a Silda Monllor, hija de un nuevo rico, le molestaba terriblemente desnudar su pasado plebeyo. Nada en ella denotaba en verdad esta plebeya ascendencia, pues tenía los modales exquisitos y correctos de una princesa. Estaba intelectualmente formada de tal modo que, sin ser, como Rosario Valverde, una mujer con una carrera universitaria, podía contentar por su cultura seria y profunda al más exigente. Un aire alto y orgulloso — que era como una defensa preventiva contra las familiaridades de los que osaran recordarle su naci-

miento humilde y contra los despegos de aquellos que se creían sobre un plano social más elevado por llevar apellidos de abolengo — ponía en ella cierto matiz de aristocracia, acrecentado aún por su aspecto físico, por su alta estatura, por su tipo esbelto, bien formado, ágil y sano; por su tacto en el vestir y por el atractivo innegable de su cara, donde unos magníficos ojos castaños poseían todas las facetas de la expresión y donde una boca muy bien dibujada podía ser tierna como la de un niño que pide besos o voluntariosa y enérgica, reveladora de un espíritu poco manejable.

Rosario Valverde quería mucho a aquella niña sin madre, a quien la indulgencia y el cariño mal entendidos de un padre rico y bonachón, educaron muy mal. Hubiera querido poder hablarla claramente, corregir algunos defectos capitales, sobre todo aquel orgullo y aquella terquedad que la hacían aparecer como una egoísta, cuando en realidad tenía un alma ardiente, generosa y llena de buenas cualidades; pero siempre que había querido intentarlo tropezó con una muralla de incompreensión. Silda era aún demasiado joven para hacerse cargo de que Rosario no quería contrariarla, sino formarla moralmente un poco mejor de lo que estaba.

En esta mañana agosteña Rosario encontraba a su prima un poco en vena de confidencias, cosa extraña en ella, que solía correr los cerrojos de sus moradas interiores para replegarse en sí misma. Y a Rosario le hubiese gustado mucho explorar aquel domicilio espiritual que desconocían todos los que trataban a Silda Monllor; porque Rosario tenía sus motivos para creer que bajo el aspecto superficial y elegante de chica actual, su prima era toda una mujer, con alma, con cerebro, con voluntad. Un alma apasionada, capaz de sentir muy intensamente las hieles y mieles de la vida; un alma llena de cualidades que dormían y que algún día quizá se revelarían.

Bruscamente, de su ensimismamiento la sacó la voz de Silda.

—¿Has visto cómo brillan las aguas de Queral? Desde aquí parece uno de esos ríos que se hacen con espejos para los belenes.

Míralo. Entra y sale entre los chopos y los cañaverales, pasa bajo aquel puente, lo recoge y lo vuelven a soltar las fábricas de mi padre, la central eléctrica, la fábrica de harinas de Solbes, el molino de Queral...

—Y después se va a buscar aquellos pueblos grandes que hay hacia la izquierda, entre olivares.

—Sí. Tiene un curso muy caprichoso, y durante él fertiliza todo el Valle de Baidas.

—¡Cuánta casa de campo!—observó Rosario.

—Muchas. Cerca de Queral hay una ciudad fabril muy importante, y la gente de allí ha dado en buscar esparcimiento en el campo todos los domingos. En pocos años se han levantado infinidad de hotelitos, algunos de ellos muy monos, no creas. Antiguamente no había más que cuatro o cinco heredades de familias muy pudientes...

—¿Como aquella que se ve desde aquí?

—¿Cuál?

—Esa que está en medio de la pinada, a la falda de la sierra, con esos porches de arco y esa torrecilla en la esquina. Debe ser un casalicio enorme.

—Enorme el casalicio, y enorme el coto de caza, y enorme la hacienda; es de los Queral—aclaró Silda (y su prima creyó notar cierta nota contrariada y áspera en la voz de ordinario suave y cristalina de la muchacha).—Se llama el Puig.

—¿Has dicho “los Queral”? Ese es el nombre del río y del pueblo...

—Y del palacio, y del molino, y del asilo, y de muchas otras cosas más, Rosario. Aquí todo se llama Queral. Cualquiera dice que no estamos en pleno régimen de feudalismo. En el siglo XX aún existen “señores” en este rincón. Podrán no tener el dominio material, ya que la propiedad se ha ido repartiendo; pero el dominio espiritual es un hecho que lo poseen. No hay nadie en el pueblo que no ponga un matiz de respeto en su voz cuando por casualidad se nombra a alguien de esa familia.

—Pues eso es bonito.

—Sí, ¿eh? Muy bonito, si no fuera también algo mortificante para los que no esta-

(Continuará)

La tentación

Por Evelina Le Maire

Pues no le daré a usted mi dirección!... En el medio en que vivo las jóvenes no acostumbran a dar su dirección al primer hombre que encuentran en la playa. El hecho de que usted me haya dado su tarjeta no indica nada. Ahora... que si mi corazón habla, acaso se me ocurra practicar una investigación para saber quién es el temible adversario que tan magistralmente me ha ganado al tennis, pero le aseguro que es muy poco probable que mi corazón hable. Basta con que recuerde lo que decía en esa cartulina.

Y como haciendo un esfuerzo de imaginación, la joven repitió:

"Oliver Castel, abogado, calle Bonaparte..."

—Señorita Bernadette, ¿por ventura teme usted que haga mal uso de la dirección que usted se niega darme? ¿Teme que me aparezca el día menos pensado? Me comprometo a no ir a visitarla sin su permiso, así viva usted en la misma casa que yo, en el mismo piso... ¿Teme que le escriba? Le prometo solemnemente que no lo haré... ¿Entonces?...

—Entonces, señor Olivier, ¿para qué desea saber usted dónde vivo?

Olivier Castel volvió su mirada hacia el mar sus dedos distraídos jugaban con la arena de aquella playa normanda donde ambos jóvenes estaban tendidos sobre la arena descansando, después de una partida largamente disputada, Bernadette vió que sus labios temblaban.

—Podría pensar mejor en Ud. — dijo al fin.—Podría volver mi cabeza hacia el lugar de la tierra donde sepa que usted vive. Y, además, no tendría el horrible sentimiento de haberla perdido para siempre cuando esta noche parta... Al darme su dirección me da un poco de esperanza de volverla a encontrar el día menos pensado.

Sonrosada por la emoción, Bernadette miraba al joven que se obstinaba en contemplar el vaivén de las olas; una sonrisa vagaba por sus labios cuando murmuró:

—¿Para qué volver a encontrarnos cuando las vacaciones han terminado? No cargue-

mos con posibles decepciones nuestros hermosos recuerdos. Dejemos a la Providencia todas las responsabilidades, si es que nuestros caminos deben encontrarse de nuevo alguna vez.

Olivier volvió hacia ella su mirada entristecida.

—La providencia tiene a veces necesidad de nosotros, señorita Bernadette: "Ayúdame y el Cielo te ayudará".

Y como la joven sonriera sin responder, el abogado preguntó insistente:

—Entonces, ¿es "no"?

—Efectivamente: no.

—No insistiré; he comprendido demasiado bien. Puesto que no puedo decirle hasta pronto, sino adiós; puesto que, por su expresa voluntad no volveré a verla, quiero hablarle tal como lo haría un condenado a muerte. Escúcheme, pues, con bondad al revelarle el secreto de mi amor... Bernadette, Bernadette... Sonríe..., ha comprendido. ¿Por qué no contesta?

—Amigo mío: en mis veinte años he sufrido muchos contratiempos... ¡Compadézcame si tengo miedo, pero no me ofenda tan pronto!

—¡Ofenderla yo a usted!

Olivier Castel ha vuelto a su casa de la calle Bonaparte con el corazón presa de la mayor desesperación. Durante aquellas tres semanas de vacaciones, necesitadas después de un año de trabajo continuo, se había apasionado más de lo prudente con Bernadette Leuret, aquella joven bañista que, en compañía de una gobernanta, habitaba un minúsculo chalet, vecino al hotel donde se alojaba nuestro abogado.

Después de haberla visto por primera vez, consiguió jugar al tennis con ella todas las mañanas y la conversación que seguía después del partido, mientras descansaban sentados en la playa, representaba para el joven la alegría cotidiana, el alimento espiritual y el amor tomó posesión de aquel corazón de hombre sin que él hiciera nada por defenderse. El joven se decía:

"No tengo fortuna que ofrecerle, pero sí una carrera en la que progresaré en cuanto

haya podido librarme de los parásitos que me ayudan a ganarme la vida. Tengo mi honor, mi inteligencia, mi voluntad, mi amor”.

Todo eso representaba a sus ojos un capital de importancia que le permitiría formar un hogar y asegurar la felicidad de la bien amada. Pero, ¡ay!, el sueño había huído al país de las quimeras.

Desde entonces, para poder soportar la vida, Olivier se puso a trabajar desesperadamente, aceptando las causas más ingratas que le proponían los que vivían a costa de su trabajo.

Su viejo amigo Bertol le decía a veces:

—Si pudieras dejar eso y consagrarte exclusivamente a tu carrera, con el talento que tienes llegarías a ser un gran abogado. Necesitarías un asunto de importancia para iniciarte, algún proceso célebre que te hiciera sobresalir en la atención pública.

—Mi querido Bertol: el sueño de todos los abogados jóvenes. Todos desean el asunto de importancia, pero a ninguno le llega...

—¡Cuestión de suerte! — manifestó Bertol.

Y la suerte, que acababa de ser tan cruel para los amores de Olivier, pareció en compensación, sonreír a su carrera.

Una mañana de octubre, Olivier recibió del gran abogado Deschamps una tarjeta invitándole para una entrevista.

¡Deschamps! ¡Una notoriedad! ¡El defensor victorioso de tantas causas célebres, el trabajador infatigable que, casi septuagenario, había, sin embargo, conservado la fogosidad y los entusiasmos de su juventud:

—¿Qué me querrá? — se preguntó Olivier, cuya sorpresa se mecía en una vaga esperanza.

A la hora indicada acudió a la cita que se le había fijado. Recibido por un portero lujosamente uniformado, introducido en un departamento suntuoso, Olivier se sintió en los primeros instantes demasiado pequeño; pero supo sobreponerse a esa timidez al encontrarse frente al gran abogado.

Después de haberle invitado a tomar asiento, Deschamps explicó, sin preámbulo alguno:

—Joven colega, me han hablado de usted en términos que no son del todo malos y por

eso le he mandado llamar para un asunto que posiblemente le interese.

—Lo único que le puedo decir, maestro, es que mi asombro no tiene límites.

—Escuche usted de lo que se trata: uno de mis secretarios está enfermo sin que los demás puedan reemplazarle por sus ocupaciones, y ocurre que acaba de serme confiado el pleito de una herencia: causa complicada, expediente voluminoso que requiere un estudio prolongado y consciente. ¿Le será a usted posible hacerse cargo del asunto?

—¡Oh, maestro, qué felicidad! — balbuceó Olivier trastornado.

—Lo dejaré entonces completamente en sus manos. Acaso deba usted mismo hacer el alegato durante el juicio; y no quiero ocultarle que será, para su carrera, una excelente oportunidad.

—¿Cómo podré agradecerle el que haya pensado en mí? Pero..., ¿seré digno de su confianza? ¿No le decepcionará mi trabajo?

—Eso depende de usted, mi joven amigo. Si su trabajo es consciente, nada tiene que temer, pues sabré darle cuenta de ello.

Dirigida por el señor Deschamps, la conversación prosiguió algunos minutos más. Así supo el abogado que su interlocutor escribía artículos en los periódicos firmados por otro nombre que no era el suyo, que preparaba discursos que no serían pronunciados por él. La juventud dorada del célebre abogado no había conocido tales expedientes. Supo también que el señor Castel no quería casarse por cierto motivo que fue mantenido en secreto, pero que pareció turbar sobremanera al joven. Por último, con la promesa de volver ocho días después a dar cuenta de su trabajo, Oliver Castel se retiró llevándose el famoso expediente.

Maravillado de su buena suerte, pero descontento de sí mismo, el joven abogado pensaba en el camino:

—¿Para qué diablos le he hablado al señor Deschamps de mis trabajos “extra”? Esas cosas no se dicen, pero cuando le tiran la lengua a uno... Un poco más y me hace contarle desventuras sentimentales...

¡Sus desventuras sentimentales! Precisamente en ellas había pensado durante toda la entrevista: todas sus acciones parecían ser regidas por una persona: Bernadette.

—¡Si tuviera la esperanza de casarme con ella algún día! ¡Qué alegría la mía ante el feliz acontecimiento de hoy! ¡Qué alegría en mi trabajo! si pudiera decirme: “¡Por ella, para que su vida sea más fácil, más dichosa, hago esto!...”

Y lanzando un profundo suspiró, aceleró el paso en dirección a su casa.

Una vez que hubo llegado, se puso conienzudamente al trabajo. De todos los escritos que componían el expediente, ni uno solo dejó pasar sin haber estudiado en él hasta las comas; palabras, frases, fueron escrupulosamente pesadas, buscando sus múltiples sentidos. Olivier pasaba en ello la mitad de sus noches; pero cada día más pensativo, le era imposible dormir durante la otra mitad.

El señor Deschamps espera a Olivier Castel. Los ocho días han transcurrido y el joven deberá rendir cuenta, aquella misma tarde, de la labor cumplida.

Son las seis. Se oye sonar la campanilla de la puerta de calle.

“Es puntual; buen indicio”, piensa el anciano abogado.

Ahora Olivier está ante él, llevando bajo el brazo su cartera de cuero, abultada hasta el exceso. Pero ¿qué ha hecho de su entusiasmo? Hoy está sombrío, sus rasgos se marcan en un raptó de enojo y su mirada aparece triste, pero resuelta.

“Fatigado”, piensa el señor Deschamps.

Y con un movimiento de la mano indica un asiento, al recién llegado, tal como lo había hecho ocho días antes. Olivier se sienta, deposita su cartera sobre el escritorio y espera. Evidentemente, no se atreve a interrumpir el silencio.

—Y bien — pregunta amablemente el señor Deschamps: — ¿ha estudiado nuestro asunto?

—Sí, señor.

—¿Lo conoce a fondo?

—Así lo creo.

—¿Tiene entonces esbozado un plan de defensa?

—No.

—Porque... Tal vez le parezca ingrato... Pero no puedo hacerme cargo de ese asunto.

—¿No puede?

—No, señor. A mi parecer, la causa de su

cliente no es sostenible; está equivocado, completamente equivocado, y el ganar la causa sería una ignominia.

—¡Oh, oh!... Lo que usted dice son palabras mayores.

—Pues no las retiro. Señor Deschamps, su cliente no tiene derecho alguno a esa herencia.

—Sin embargo, creo haber entrevisto algunas probabilidades de ganar el proceso.

—Las hay ciertamente y no dudo de que un abogado hábil consiga asegurar los millones que se codician. Hay ciertos vicios de forma, ciertos errores en la redacción del testamento que permiten el éxito a vuestro cliente; pero las intenciones de la testadora son claras. Y, por lo demás, existen derechos anteriores que favorecen al legatario.

—Derechos tachados de ilegalidad, no lo olvide.

—La legalidad no es la justicia, mi estimado maestro, y yo no sostendré una causa injusta.

—Reflexione usted bien, joven; otro se encargará en su lugar. Sea un poco más de este siglo, no se deje llevar por los escrúpulos. Si deja pasar a la Fortuna, esa diosa caprichosa no volverá nunca más.

—¿Y usted me aconseja así, maestro?

—¿Por qué no?... El éxito en un asunto de esta importancia significa para usted la gloria, la fortuna... Significa el abandono de los trabajos ingratos que menguan su tiempo, significa, acaso, la felicidad...

El anciano mira a Olivier de manera tan singular que éste vacila un momento.

Pero su conciencia, dueña imperiosa, soporta el choque sin quebrantarse.

—Prefiero continuar mis humildes quehaceres — dijo el joven abogado, — pero no fundaré mi fortuna ni mi felicidad en una mala acción. Perdóneme usted, señor; acaso le parezca ingrato. ¡Ha sido usted tan bueno conmigo y temía tanto decepcionarlo!

—Entonces, ¿es “no”?

—Efectivamente: no.

Aquellas mismas palabras se habían cambiado entre Bernadette y él seis semanas antes y su recuerdo le desgarró el corazón.

Olivier se dispone a desembarazar su cartera del expediente que representa para él la

fortuna, la gloria, la felicidad, sin ver al señor Deschamps que se dirige a un extremo del salón, abre una puerta y dice en voz alta:

—Entra, hija mía, y sé feliz.

¿Es posible? Bernadette está allí, frente a Olivier, con los ojos brillantes y sus manos tendidas hacia él.

—¡Soy yo! Ya ve usted que podíamos encontrarnos aquí sin necesidad de que le dejara mi dirección.

—¡Usted, usted!

El joven cree ser víctima de un sueño. Su emoción es tan grande que el señor Deschamps le hace sentar diciendo:

—Amigo mío, ha tenido usted hoy el más hermoso éxito de su carrera.

Y como Olivier siguiera creyéndose juguete de un sueño, el eminente abogado explica:

—Esta pequeña ha vuelto de Normandía, donde pasó sus vacaciones, enamorada de cierto joven abogado que no la detestaba ciertamente. Pero como nuestra familia considera

mucho la moral, hemos querido saber hasta dónde iba, en ese terreno, el prometido de nuestros sueños; pues le aseguro a usted, señor, que no habríamos transigido. Habríamos sacrificado nuestros sentimientos antes de casarnos con un intrigante, un cazador de dotes... Por eso no le hemos dado nuestro domicilio, para que ninguna contingencia pudiera mezclarse al sentimiento que habíamos adivinado y que nos alegraba infinitamente. Y, además, habíamos encargado al abuelo el cuidado de nuestro porvenir. Abuelo se ha informado, y ha querido poner a prueba la rectitud y la fuerza moral del joven abogado... Conocía este expediente; la causa es insostenible... En cuanto a usted, hijo mío...

El señor Daschamps se interrumpió de pronto. Por primera vez su elocuencia carecía de efecto: su auditorio no le escucha. Y en vista de esto, opta por retirarse.

Olivier mira a Bernadette. Bernadette mira a Olivier. ¡Para ellos nos existe otra cosa que el amor que canta en sus corazones su adorable canción!

Don Aníbal Urpí Rodríguez

Profundamente emocionada está la sociedad de Palmares por la muerte del distinguido caballero don Aníbal Urpí Rodríguez, miembro de una numerosa familia muy justamente querida y apreciada en la ciudad de Palmares.

Muere don Aníbal a la edad de 24 años, dejando a su inconsolable esposa doña Carmen Quesada de Urpí y a su hijita Grace en el más profundo dolor.

Para sus apreciables padres don Mario Uunpí y doña Genoveva Rodríguez de Urpí; para su esposa, hermanos y para toda la familia doliente, y muy especialmente para la señorita Georgina Urpí, enviamos nuestro más sentido pésame y deseamos que Dios les dé cristiana resignación en tan ruda prueba.

Nuestras humildes oraciones se elevarán por el descanso del alma de don Aníbal.

LA UNION DE ORACIONES ES PODEROSA

Suplicamos a todos los suscritores dediquen una pequeña oración, una Misa, una Santa Comunión por el alma de las personas cuya

muerte participamos en nuestra Revista. Así esta vez, rogado por el almado don Aníbal Urpí Rodríguez.

A NUESTROS AGENTES

Les suplicamos cobrar puntualmente los recibos de "Revista Costarricense", pues algunos suscritores nos han escrito diciéndonos que si se les juntan dos recibos, pasarán por la pena de retirar la suscripción. Un colón men-

sual es nada, pero dos colones ya es más pesado pagarlo nos dicen en sus quejas.

Y a los suscritores les rogamos tener consideración de los agentes y no hacerlos ir una o varias veces a cobrar la suscripción.

La Simpatía POR LA MAESTRA

De "La Madre Cristiana".

¿Qué es educar? Educar es enseñar todos los registros de la sinceridad y del deber a un niño.

Es hacerle comprender que los buenos caminos son los más cortos.

Toda persona bien educada debe saber ser simpática.

.....es uno de los grandes secretos de la vida.

Vence al corazón más duro, desarma toda resistencia, ablanda y modifica la naturaleza humana.

El Evangelio ha dicho: "Amaos los unos a los otros". Ha querido decir con eso: no interrumpáis la cadena del bien que une a los hombres; y la cadena del bien es la simpatía.

No es posible amar por igual a la madre o a la amiga. Pero simpatía podemos dar a todos y sentir por todos.

Con sólo saber ser simpático, se ganaría a la vida todas o casi todas sus batallas.

Si fuéramos capaces de tener en nosotros una fuente de simpatía, el mal de la existencia estaría agotado, y el bien sería infinito.

Para triunfar no se necesita del poder del dinero, ni es esencial el poder intelectual; lo que es elemental es la simpatía, porque ella es la puerta abierta del alma y del corazón.

Por medio de la simpatía, cada uno debe ayudar al otro, el fuerte al débil, el rico al pobre, el instruído al ignorante; aquellos que menos tienen, tampoco deben dejar de ayudar a los que tienen más.

Todo en la vida depende del grado de

simpatía que se tenga; los niños no pueden sentirse cómodos junto a una niñera antipática, ni escuchar con interés al profesor antipático.

Es fácil inducir a los niños a la adquisición de este maravilloso dón, imponiéndoles el hábito de tratar a los servidores con justicia, pero con suavidad; nunca una altanería ni un desplante, nunca humillarles con observaciones o reclamos.

En fin, decir al niño que trate al servidor como él le gustaría que le trataran si fuera servidor.

San Antonio ha dicho: "Ser amigo de los hombres, ser simpático a todos, es en verdad vivir".

La simpatía es el bálsamo para las penas, es el atractivo personal de cada uno; es el que va excusándonos y haciéndonos ganar voluntades.

La simpatía es el verdadero calor y la luz al mismo tiempo del hogar. Lo que liga a las mujeres entre sí, lo que acerca la sirvienta a la señora; lo mismo que el padre y la madre, y éstos a los hijos.

Donde la simpatía no esté entrelazando a una familia, la familia no estará sólidamente unida nunca.

Hagamos, pues, que los niños sean sumisos, suaves y humildes, sin hacerles por ello perder el carácter o el gusto personal; hagamos que sean simpáticos, "amigos de los hombres, que eso es en verdad vivir".

Una vez que hayamos conseguido esto, podremos descansar tranquilos. Antes, no.

A LOS PADRES DE FAMILIA

Les sugerimos la idea de que suscriban a esta Revista a sus hijas y nueras, pues la buena lectura en el hogar es alimento de las almas, tan necesario como lo es alimento sano y nutritivo al cuerpo.

Una buena lectura continuada, hace cambiar a las naturalezas más revueltas, lo hemos experimentando con nuestra revista.

Las buenas ideas trabajan las almas. Cuántos desastres se pueden evitar con una buena lectura leída. Qué de faltas detenidas

con un buen pensamiento leído. Haced leer nuestra revista no sólo a vuestras hijas, a vuestros hijos. El alma de la niña es tan preciosa como la del adolescente e igualmente darán los padres cuenta a Dios del descuido de la formación de todos sus hijos.

Aplaudimos a una distinguida señora que nos pidió dos suscripciones, una para su colección y otra para prestarla a los sirvientes, y a todos los miembros del hogar y hasta al maldador de la finca.

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari Profesora de Cocina graduada en Bruselas.

GALLETAS A LA REINA

Se bate en una fuente honda con una cuchara de madera, un cuarto de libra de azúcar molido bien blanco, con cinco yemas de huevo; cuando esto está bien espumoso, se agregan 7 cucharadas de agua y se mezcla despacio; se baten las cinco claras a punto de nieve; al batido se le agrega un cuarto de libra de harina cernida; se mezcla despacio y por último se agregan las claras mezclándolo despacio. En cazolejas untadas de manteca y espolvoreadas de harina se van poniendo montoncitos de la pasta, dándoles las formas que se quieran; se espolvorean por encima con azúcar molido y se asan en el horno con calor regular hasta que estén doradas de un color apenas rubio. Se sacan las cazolejas del horno y con mucho cuidado se van quitando las galletitas y se ponen a enfriar en cedazos.

TAMALES DE PLATANO VERDE

Se escogen plátanos verdes sazones y grandes. Se pone en el fuego una olla con agua, sal y unas gotas de limón, y cuando esté hirviendo se echan los plátanos pelados, bien raspados y frotados con sal y lavados. Cuando están suaves, se sacan uno por uno y se van moliendo también uno por uno; todo esto se hace con el objeto de que no se pongan negros. En una cacerola se pone suficiente manteca y se echan unos cuatro ajos majados y cuando están dorados se botan y se le agrega a la manteca pimentón; y a falta de éste, achiote. Se echa el plátano molido y se le da vueltas hasta que se desprege del fondo de la olla y que se vea que se le ha mezclado bien la manteca. Se coge para cada tamal una o dos cucharadas

de esta pasta y se rellena con costillas de cerdo, fritas y sudadas con un poquito de agua, con achiote, tiritas de chile y tomate, y con aceitunas. Se envuelven en tusas de elotes, si se tienen a mano, para que queden bien blancos y a falta de tusas, en hojas de plátano sozadas y bien lavadas, y se amarran de dos en dos. Se ponen a cocinar en agua hirviendo durante una hora.

TAMALES DE CAMBRAY

La víspera se lava bien una libra de arroz y se deja toda la noche en agua fría; otro día, se muele muy bien y se disuelve en leche fría, teniendo cuidado de que no quede muy ralo; se le pone azúcar al gusto, la punta de un cuchillo de sal, y se pone al fuego, meneándolo constantemente para que no se pegue en el fondo y hasta que la pasta esté durita. Se baja del fuego y se le agrega un cuarto de libra de queso fresco, rallado, cuatro yemas de huevo bien batidas, se mezcla muy bien todo con media cucharadita de vainilla y se prueba para ver si tiene buen gusto. Se alistan cuadritos de cambray o lienzo, en el centro de estos cuadritos se echa una cucharada grande de pasta, tres pasas, se arrollan y se amarran muy bien; se ponen a cocinar al vapor, es decir, en un trasto que tenga huecos en el fondo, éste se sienta en otro trasto más grande que tenga unos pedazos de ladrillos en el fondo, se le echa agua hirviendo hasta la mitad de la altura de los ladrillos y se pone al fuego a que hierva durante una hora y se sirven fríos. En las ferreterías se venden ollas especiales para cocinar al vapor. También se pueden envolver estos tamales en tusas de maíz, las que se ponen en agua fría para que estén suaves.

CONSERVACION DEL CALZADO

Una capa de barniz copal aplicada a la suela de los calzados, y repetida conforme se vaya secando la precedente, hasta que los poros queden llenos y la superficie tome brillo, los hará impermeables y tres veces más duraderos que en el estado actual.

PARA DESTRUIR LA POLILLA

Colóquense unas hojas de papel empapadas en esencia de trementina sobre los muebles o prendas de ropa que se quieran preservar. El mismo resultado se obtiene rociando con este líquido los tejidos de lana, pieles y demás, así como los cestos que las contengan.

La calma evita la presión alta de la sangre

Dr. Jas. W. Barton, Canadá.

Cuando usted lee "que lo más probable es que le dé un ataque del corazón a un paciente que tiene la sangre a presión alta", naturalmente, si usted tiene la sangre a presión alta, cree que con seguridad se le va a desarrollar alguna enfermedad del corazón.

Un corazón que tiene que impeler sangre por vasos endurecidos debido a que han perdido su elasticidad trabaja más que el que la impele por vasos dilatados y elásticos. Tarde o temprano el corazón que trabaja más de lo necesario se fatiga y acaba por debilitarse. Sin embargo, si el paciente descubre con tiempo que su sangre está a presión alta y toma en cuenta que si no se cuida puede morir, su corazón puede seguir por muchos años ejecutando sus funciones.

En el "Southern Medical Journal" ("Diario Médico del Sur"), salió la relación de un estudio que hizo el Doctor Lee Rice, durante 5 o 10 años, de 327 pacientes que tenían la sangre a presión alta. Se estimaba la edad de esas personas en 61 años y sólo 30 murieron. Esto demuestra que la presión de la sangre no sería enfermedad tan seria si fuera posible cuidar individualmente a los pacientes y ellos pusieran de su parte y siguieran al pie de la letra las instrucciones del médico.

La presión alta de la sangre comienza por un espasmo o contracción parcial de los vasos sanguíneos. Pueden causarla el medio ambiente en que vive el paciente a disgusto; las toxinas en los dientes, amígdadas, vesícula biliar, intestino grueso o colon; ciertos alimentos o licores; preocupación, ansiedad, temor u otras emociones. Durante los primeros 5 o 10 años, esas causas pueden ser temporales y los daños que causan a los vasos sanguíneos son pasajeros, pero si los disturbios, infecciones y daños ocurren con frecuencia, a medida que pasan los años se efectúan cambios en las glándulas y en los vasos sanguíneos, volviéndose entonces permanente la presión alta de la sangre.

La presión temporal de la sangre es un síntoma de nervios tensos y no causa el mareo, la palpitación rápida del corazón, el desve-

lo ni la indigestión que se sienten cuando es permanente.

La advertencia que quiero hacerles es que se libren de infecciones y cultiven la calma y el reposo, que evitan el espasmo de los vasos sanguíneos.

EL ALIMENTO IDEAL



LIMPIEZA DE BOTELLAS

Cuando hayan contenido cuerpos grasos o estén impregnadas del olor de aceites esenciales, introdúzcase en ellas uno o dos puñados de serrín de encina o residuos de brosa de café todavía húmedo, junto con un poco de agua muy caliente.

Se le agita durante unos segundos, se vacía el contenido y se repite otra y otra vez la operación, que se rematará cuando la vasija se muestre bien transparente, con un lavado de agua fría.

ROPA INTERIOR DE SEDA

KAYSER

Surtido completo en la

TIENDA DE DON NARCISO

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentadura de Hecolite, material nuevo
que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»
.. de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
.. de Turrialba, Hacienda «ARAGON»
ARRÓZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

**Exámenes Científicos
de la Vista**

**Lentes y Anteojos de
todos precios**

**CONSULTORIO OPTICO
"RIVERA"**

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.